

LEER, RESPIRAR

odo empieza con Pepe: “Pepe pide la pelota, Lupe se la pasa, Luis pisa la pelota. La pelota es de todos”. ¿Alguien se acuerda? Si no yerra mi memoria, estas oraciones daban comienzo al volumen de primer año de primaria, asignatura de Lengua Nacional, en la versión originaria de los libros de texto gratuitos, los de López Mateos, con una morenaza tremebunda, embanderada y frondosa en la portada. Enterarme de lo que hacían Pepe, Lupe y Luis con una pelota, equivale a mi caminata a lo Neil Armstrong, el astronauta aquel del pequeño paso para el hombre, gran paso para la humanidad.

Saber qué hacían Pepe, Lupe y Luis con una pelota de propiedad colectiva, no fue mi único paso. En casa había libros, y junto con ellos, periódicos y revistas. Llegaron, estuvieron ahí incluso antes que la televisión.

Existe el registro de uno, en 1969 –tenía yo siete años–, enteramente mío: Julio Verne, *De la tierra a la luna. Alrededor de la luna*, volumen doble de la colección “Sepan cuantos...” Ahí supe del *Gun Club*, de Barbicane, del francés Michel Ardan. Poco después, vinieron *El capitán Tormenta* y *El León de Damasco*, de Emilio Salgari. En la escuela una monja me confiscó un libro propiedad de mi padre, *La Divina Comedia*, lujosa edición que me atraía porque tenía láminas a colores del purgatorio, del paraíso y, en especial, del infierno.

Sería 1970 –creo– cuando en un supermercado compré *Cuentos fantásticos y de animales*, de Hans Christian Andersen. En 1972, en mi convalecencia por una segunda operación en el oído izquierdo, recibí *La Ilíada*, *La Odisea* y *La Eneida*, en ediciones argentinas tipo biblioteca juvenil. Además, el *Corazón. Diario de un niño*, de Edmundo D’Amicis, que me echó a perder, porque ahí me enteré que no había que imitar a Franti, sino a los otros virtuosos niños descritos por ese socialista itálico. También leí *El padrino*, de Mario Puzo, a pesar de que por mi edad no tenía acceso a la película



homónima en esos albores de los años 70.

La suerte estaba echada. Ahí estaban los libros, no sólo en la casa paterna, sino también en la de mi abuelo, donde, por ejemplo, leí *El llano en llamas* y los libros que habían sido textos de mis tíos en una época añeja, donde se repetía, una y otra vez, el nombre de María Enriqueta, para que imaginen cómo eran.

Eso fue antes de cursar la secundaria. Lo natural fue que, ya bachiller, emprendiera numerosos viajes por las librerías de viejo en el centro de la ciudad de México, o que fuera uno de los asiduos de la biblioteca en mi preparatoria, donde nadie se espantaba de que entre juego y juego de fútbol, uno, de vez en cuando, se pusiera a leer a Goethe o a Vargas Llosa.

Ya en Toluca, recorrí completos los estantes de la vieja Librería de Cristal y de la Imagen. Cuando conocí la Gandhi en el sur defeño, se me escurreó la baba. En la Facultad de Humanidades de la UAEM, cuando se alzaba en el cerro de Coatepec, me hice no

sólo cliente, sino amigo de un librero argentino y de otro joven mexicano a quien, por cierto, he vuelto a saludar en su regreso, con sus montones de libros en el edificio donde los de Arte Dramático arman su boruca.

Sean benévolo con este breve recuento personal, nada espeluznante, que por lo demás cualquiera puede elaborar cuando piense en su relación con los libros. Porque, en rigor, la relación que alguien establece con los libros, con la lectura, es entera, absolutamente personal. Puedes casarte por poder, enviar un representante al registro civil o a la iglesia; bueno, hasta te pueden echar la mano con la novia y a lo mejor hacerla más feliz que tú mismo. Pero lo que nadie puede hacer es leer los libros que a ti te toca leer. Nadie va a construir tu biblioteca personal, nadie la va a estimar como tú; tus herederos, antes de tu último resuello, ya estarán pensando en tratar precios con el señor Castillo en su librería de usado en Instituto Literario.

Si la lectura es un asunto individual, personal, íntimo, no deja de tener su lado colectivo; de ahí la determinación de hacer de abril el "mes de la lectura". Hay que sospechar de este tipo de celebraciones. Diez días separan al Día del Niño del Día de la Madre. El 30 de abril no se debe tocar a ningún niño ni con el pétalo de un nopal, y el 10 de mayo hay que invitar a comer a la madre o regalarle una lavadora que, al fin y al cabo, quedan 364 días para que paguen con creces su pecado, tanto niños como madres.

Algo así me viene a la mente con la institucional formulación de abril como mes de la lectura, lo cual encierra una intención de defensa, precisamente, del acto de leer. En realidad no tendríamos que andar defendiendo, promoviendo ni reivindicando nada. ¿O acaso alguien ha puesto en la picota la necesidad que tenemos de respirar? Porque tengo a la lectura como un acto inherente a la condición humana, como la misma respiración.

Maticemos esa afirmación. Leer es distinto de respirar. De todos modos, lo innegable es que leer es un acto demasiado humano.

Si un habitante del planeta —se entiende, representante de la especie *homo sapiens*— es analfabeto, será motivo de preocupación para la ONU, la UNESCO y el INEA, pues sus posibilidades de desarrollo se verán bas-

tante menguadas a comparación de las de aquellos que no lo son.

La lectura es importante en cuanto atributo humano y como necesidad para el desarrollo de las personas. No es cuestión baladí, si pensamos en que sin ella, difícilmente nos apropiaremos de nuestro lenguaje, o lo haríamos de manera demasiado limitada. Al hablar de apropiarnos de nuestro lenguaje, nos referimos a apropiarnos de nuestro entorno. Dicho de otra manera: no sólo sabemos que estamos vivos, sino, también, encontramos sentido a nuestra existencia.

Si varias de las reflexiones anteriores parecieran obvias, ¿por qué tenemos que hablar de una “crisis de la lectura”? Atengámonos a ciertos hechos reflejados en cifras. Según la UNESCO, el promedio de lectura por persona en México es de 1.8 libros al año, lo que nos ubica en el penúltimo lugar de poco más de un centenar de países.

Veamos el tamaño de nuestro rezago educativo: según el INEA, afecta a más de 30 millones de personas de la siguiente manera: 5.9 millones de mexicanos no saben leer ni escribir; más de 11 millones no han concluido la educación primaria y alrededor de 15 millones no han terminado la secundaria.

Cito los resultados de una evaluación realizada por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) sobre el avance educativo entre sus países miembros, que se dio a conocer a fines de 2001. El “Programa para la Evaluación del Estudiante” se llevó al cabo en 2000 en 31 países y abarcó a 265 mil alumnos de 15 años, todos estudiantes de nivel medio básico. La evaluación comprendió tres aspectos: lectura, matemáticas y ciencias. El propósito era medir entre los seleccionados, sus competencias para usar los conocimientos y habilidades en la solución de retos reales.

México quedó en el penúltimo lugar, sólo por encima de Brasil, y se vio ampliamente superado por naciones como Japón, Corea, Finlandia, Canadá, Nueva

Zelanda, y aun Letonia y Luxemburgo.

De acuerdo con información de la Secretaría de Educación Pública, en México, sólo el 0.9 % alcanzó el nivel más alto de eficiencia en el examen de marras. Son estudiantes con habilidad para completar tareas de lectura compleja, que logran un detallado entendimiento de textos y de la relevancia de sus componentes, que revisan la información de manera crítica, además de construir hipótesis, basados en conocimiento especializado.

En el otro extremo, 16.1 % de los estudiantes no logró el nivel 1 de eficiencia. Se trata de jóvenes con capacidad para leer en un sentido técnico, pero que tienen dificultad de aplicar sus habilidades de lectura como una herramienta avanzada para extender sus conocimientos en otras áreas.

El 28.1 % “no aprovechan suficientemente todas las oportunidades de aprendizaje que se les presentan y, por lo tanto, no están adquiriendo los conocimientos y habilidades necesarios para tener éxito en sus estudios futuros y después de ellos.”

El avance educativo de un país bien puede medirse por la preparación de sus estudiantes en el campo de las ciencias, pero no puede dejarse fuera su habilidad como lectores. ¿Puede alguien meterse en los berenjenales de la ciencia sin antes haber obtenido la capacidad intelectual que le brinda la lectura? Evidentemente, no.



El impulso a la lectura tendría que ser una prioridad –supuestamente lo es– de nuestro sistema educativo. Desconfío de los discursos oficiales. No hemos dado la suficiente atención a la lectura dentro de nuestras escuelas, ni a otra vertiente: la expresión oral y escrita.

Pensemos particularmente en lo que ocurre en instituciones de enseñanza media superior, infestadas por jóvenes cuyas actitudes comprueban que la adolescencia es la menopausia de los niños (Kurt Vonnegut *dixit*). El grueso de los grupos sufre una ínfima preparación académica, concentrada no en una sola área de conocimientos, sino de carácter general. No es algo exclusivo del bachillerato, es un síntoma más de las carencias que se vienen alimentando desde la enseñanza básica y a las que las universidades no son inmunes.

Cada vez se advierten más los efectos nocivos de la política educativa seguida por los sucesivos regímenes gubernamentales –incluidos los actuales– en los ámbitos federal y locales. Ya que no educar, lo que las burocracias del sector educativo pretenden son estadísticas positivas, aunque sean números alejados de la realidad; son mera simulación.

Desde hace tiempo se ha mantenido la exigencia a los profesores del nivel básico para que no reprueben, o si lo hacen, que sea dentro de cuotas preestablecidas. La misión educativa se ha tergiversado. Se quieren estadísticas con altos niveles de aprobación, aunque los niños y los jóvenes no estén adquiriendo la mínima preparación para enfrentar los problemas de la vida.

Esto hace explosión en el bachillerato. He provocado una áspera reacción por algo manifestado últimamente: estudiantes de bachillerato escriben igual que como lo hacían en tercero o en cuarto de primaria, es decir, desconocen el uso de los signos de puntuación, su ortografía es atroz y exhiben una grave carencia de léxico (y, por ende, de ideas). Evidencian un patético extravío mental, al verse imposibilitados para articular un discurso mínimamente coherente sobre tema alguno. Han perdido, al menos, un lustro de desarrollo intelectual.

¿Cómo puede esperarse que jóvenes peleados con su idioma puedan dominar los complejos problemas de la matemática, la ciencia social, la química, retórica, botánica y sistema decimal? Parte del problema es que con frecuencia la atención se fija en la enseñanza de la matemática y de las ciencias duras, y se pierde de vista que los estudiantes que no atinan a resolver una ecuación son los mismos incapacitados para expresarse con pulcritud a través de su lenguaje materno.

La ya citada evaluación de la OCDE es oro molido: confirma que la lectura –y con ella, la redacción– es parte imprescindible en la formación académica de los escolares.

Se dice que hay que encauzar la exagerada energía que tienen los jóvenes. Me río de eso, porque entre muchos empeños humanos en los que es indispensable realizar un esfuerzo duro y vigoroso, destaca el del trabajo intelectual.

Por lo mismo, pregunto: ¿qué expectativa puede tener un joven mexicano de entre 15 y 18 años, que a esa edad no ha leído un solo libro? Tal vez con displicencia hojearon textos escolares, pero no han tomado por interés propio libro, periódico o revista alguna. En la base del problema que exponemos se mezcla otro factor: los propios profesores tampoco tienen el hábito de la lectura.

La mayoría de estos jóvenes tampoco están habituados a otras formas de obtención del conocimiento, *verbi-gracia* internet. Sugeriría una hipótesis: quien es ayuno en la lectura de libros o periódicos, lo es también en el acceso a las distintas formas de la informática en boga. El desdén hacia la lectura no necesariamente implica que el interés de los jóvenes se haya trasladado hacia otros medios.

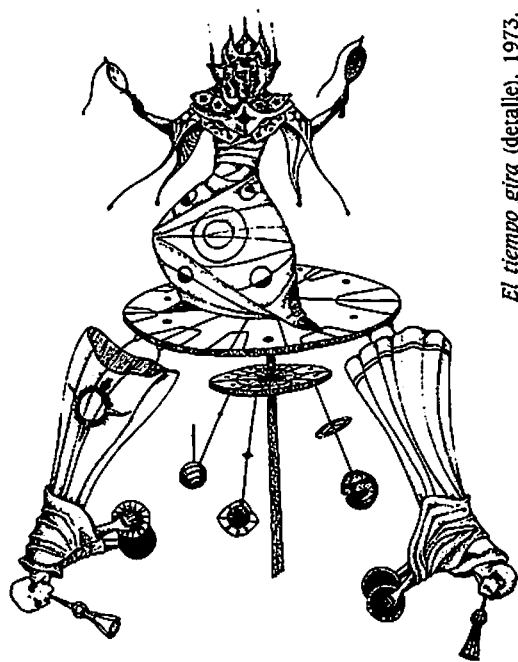
Hago una aclaración: si aludo a nuestro desolador panorama educativo, no es para promover una estrategia de darwinismo social que retire del camino a aquellos que no logren altos niveles de preparación académica. (Por lo demás, tal estrategia existe y la podemos palpar en la preponderancia que se está dando a la educación privada, y al descuido y desprestigio en que se está envolviendo al sistema de enseñanza pública. Y es un darwinismo no relacionado con capacidades intelectuales, sino con depósitos en las chequeras de los pudientes.)

Apelo a resolver el problema educativo con acciones que vayan más allá del arreglo de estadísticas a modo que simulen un óptimo o regular aprovechamiento académico. La anunciada creación de un instituto nacional de evaluación educativa me genera más suspicacias que tranquilidad, porque parece que continuarán aplicando la presión sobre la función docente, en tanto que se sigue dejando fuera al que en verdad es el protagonista del fenómeno educativo: el estudiante.

En contraste, llamo la atención sobre la innegable hazaña educativa realizada en el México del siglo pasado, que invirtió las proporciones al pasar de los miserables niveles del porfiriato, con sólo 10 % de población alfabetizada, en números gruesos, hasta el todavía grave pero relativamente marginal 5.9 % que se registra actualmente en el rubro de analfabetismo.

En un cambio de esa envergadura, la mayor carga ha estado en la educación pública, a pesar de todos los defectos y fallas que puedan achacársele. La educación pública ha sido, por décadas, un factor fundamental para la permeabilidad social, que no es poca cosa en una nación que padece un secular abismo entre muy ricos y muy pobres. (El ex secretario de Educación Pública, José Ángel Pescador Osuna, declaró hace no mucho que en México los ricos tienen una probabilidad de tener diez veces más educación que quienes no son ricos.)

Debo manifestar que son demasiadas las dudas que tengo sobre cómo resolver este duro problema. No se me ocurre a veces nada, sino insistir en la necesidad de leer. Reitero que la promoción de la lectura tendría que convertirse, en serio, en uno de los pilares del arreglo urgido por nuestro sistema educativo, pero tal impulso no



El tiempo gira (detalle), 1973.

puede limitarse a ese ámbito. Su trascendencia es mayor.

La lectura no entraña una panacea, no resuelve de modo automático nuestras carencias que, además de su origen ancestral, obedecen también a situaciones estructurales. Hace años se agotó la idea de la "crisis coyuntural". ¿Fue "coyuntura", es decir, algo circunstancial y pasajero, la forma en que el país se nos ha ido deshaciendo entre las manos en los años 80, 90 y en este inicio del tercer milenio? No es "coyuntural" lo que enfrentamos, sino una serie de males crónicos como el crecimiento del desempleo, el resquebrajamiento del sistema de seguridad social, los permanentes topes salariales, la gradual caída de nuestra calidad de vida, el crecimiento de la inseguridad pública, la agravada debilidad del Estado, la concentración de la riqueza en cada vez menos familias —tal vez ya son menos de las 300 de las que se hablaba a finales de los 80—, entre otras condiciones que nos caracterizan como país.

Vale establecer una relación entre los bajos índices de calidad de vida que padecemos con el mezquino nivel de lectura que se registra en México. Las cifras oscilan entre los dos y los cinco libros leídos por persona al año, como promedio nacional (en secundaria, el promedio sería de uno). En cualquier caso, el saldo es deprimente. En efecto, existe una minoritaria clase ilustrada que acostumbra leer, aunque no es útil como contrapeso ante una inmensa mayoría de mexicanos que ni en defensa propia asoman la mirada por páginas impresas. Esto explicaría en buena parte nuestra debacle educativa, y al mismo tiempo es signo de alarma frente a situaciones más complejas que rebasan la vida en el aula.

No faltará quien diga que la preparación académica no garantiza ni probidad ni nada. Cierto, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo tienen elevadas credenciales académicas, y ya vemos qué cosas se atrevieron a hacer. También Jorge G. Castañeda era conspicuo representante de la *intelligentsia* mexicana, y sus cartas intelectuales no le evitaron cometer los desfiguros con los que la política exterior de México se ha mostrado tan yanqui-dependiente.

Completemos el matiz: si algo caracteriza a la marginación socioeconómica es el bajo nivel educativo. Marginación es que de cada mil estudiantes que inician sus estudios de enseñanza media básica, sólo 700 la concluyan y 300 queden fuera; marginación es que, de acuerdo con una investigación de la División de Posgrado de Trabajo Social de la

UNAM, en una muestra sobre secundarias en el D.F., el 80 % de los estudiantes dijo que su principal problema era la inseguridad adentro y afuera de sus planteles, y que su segundo y tercer problema fueran, respectivamente, la carencia de una fuente de trabajo para sus padres y la situación económica imperante en el país; marginación es que 67 % de los escolares interrogados "reconoció que alguna vez o varias veces ha consumido bebidas alcohólicas o drogas". U otro dato: que de cada cien infantes que inician la primaria, con mucha suerte, cinco llegarán a concluir una licenciatura tres lustros más tarde.

Hay que decirlo: el espíritu de nuestra época se está caracterizando por un cretinismo rampante. La estupidez y la frivolidad llenan nuestras existencias. Hay quienes describen esto con la sobada idea de la "falta de valores". Yo pienso más bien en que se trata de una brutal expansión de la estupidez.

Por ejemplo, y para referirnos a polémicas recientes, estúpido es pensar que la pistolización de los hogares será la muralla para contener la delincuencia. Se hace a un lado que la delincuencia es una de las principales señas de identidad del capitalismo salvaje el cual, en nuestro caso, ha radicalizado el papel de paísmaquiladora deparado por la globalización.

Absurda es también la abulia que se extiende por doquier, entre quienes no atinan a precisar destinos de vida diferentes a los esbozados por una oferta televisiva, concentrada no solamente en los "jodidos" azcarraguianos, sino cuyo manto se despliega sobre una sociedad esquizofrénica.

También forma parte de esta frivolidad colectiva el que las pugnas políticas se diriman no con el debate y la confrontación de programas e idearios partidistas, sino mediante un juego de mercadotecnia electoral. Un juego que permitió el arribo al poder de quien vio muchas películas de vaqueros, pero es incapaz de citar libros que alguna vez haya leído, aunque sí tuvo el atrevimiento tanto de hacer premio Nobel a Carlos Fuentes, como de hablar, en un foro internacional, de las obras de *José Luis Borges*, anécdota que en poco tiempo se ha vuelto lugar común para describir al régimen actual.

Sumen las dudas que estimen pertinentes a este paisaje y agreguen la cereza del pastel: la insulsa emisión

Big brother que, llegada con notorio rezago a México —cuando en otras partes ya agotó su modelo—, ha permitido verificar lo obvio: como sociedad, estamos creando jóvenes engendros de la crisis mental, cuyo talento comunicativo se encierra en el uso de una palabra: buey, aplicada sin distingo de sexo, porque es innecesario sacar del anonimato a personajillos de existencia tan inane quienes, si puestos a redactar su autobiografía, la terminarían en dos páginas y ya habrían incluido lo hecho el día anterior.

No pienso en la televisión como monstruo, dado que no la inventaron marbianos, sino humanos. Simplemente la cito en tanto *ojo de cíclope* —así la imaginó Rosario Castellanos— que sirve como muestrario de la vaciedad de nuestra época, en una inconfesada campaña de abolición de la inteligencia.

No lo olvidemos, la televisión es un poderoso instrumento de dominación, a grado tal que Vicente Fox —quien no lee periódicos porque le molesta que lo critiquen— continúa aprovechando y simultáneamente enriqueciendo a los dueños de las televisoras como lo hizo desde su campaña electoral. Fox utiliza la televisión lo mismo para echar a andar a los ciudadanos contra el Congreso de la Unión, que para abrir Los Pinos al escrutinio de una mente tan analítica y profunda como la de *Chabelo*, el amigo de todos los niños. Cosas del cambio democrático, se dirá.

Tanta miseria motiva el pesimismo, pero no justifica la inacción.

¿Por qué leer, ante todo lo dicho? ¿Sirve de algo? Creo que sí. Para recuperar o mantener la cordura. Para comprender en parte este mundo feroz. Para sabernos vivos y que hay un sentido múltiple de nuestra existencia. Leer por leer, no sólo para adquirir las habilidades recetadas por los planes educativos. Y aunque, de manera implícita, la promoción de la lectura tiene que ver con

una actitud colectiva, en el fondo se trata de un asunto de individuos, de solitarios. Un encuentro, a veces, con los monstruos que habitan en nuestro interior, y un acto, además, de liberación por medio de la letra.

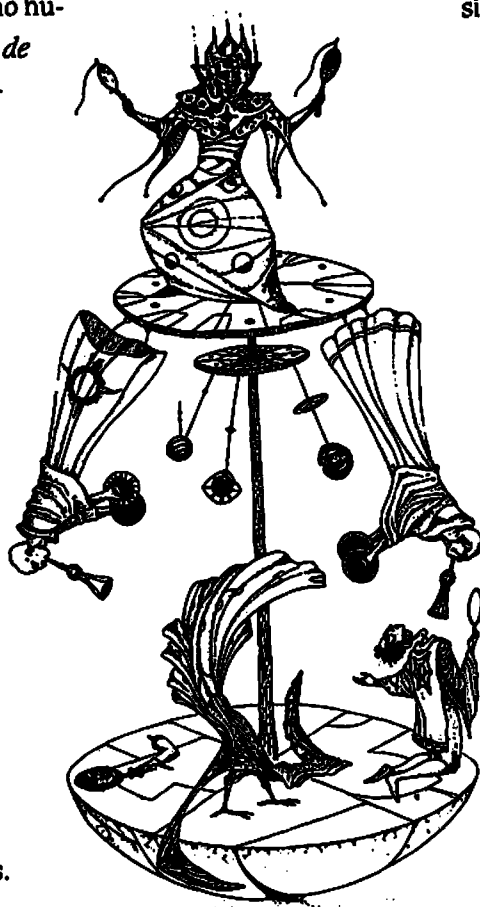
Reconozcamos la existencia de esnobismo en los menesteres de la cultura y de la lectura. Por ello, la presente reflexión no pretende defender a capa y espada las expresiones de la "cultura culta"

—que diría el escritor mexiquense Emiliano Pérez Cruz—. En todo caso, una invitación a la lectura comprendería todos los niveles, estilos, ideas y épocas que podemos recrear a través de la letra impresa.

Eso es parte del problema. Según cuentas de Gabriel Zaid, si uno consiguiera leer un libro al día, estaría dejando de leer otros cuatro mil títulos publicados en ese mismo día. Porque la humanidad publica un libro

cada medio minuto, según señala Gabriel Zaid, con quien se plantea esta paradoja: mientras más leemos, más ignorantes somos. Aunque, por lo menos, somos ignorantes a sabiendas.

Cito las siguientes líneas de Juan Carlos Onetti, que datan de diciembre de 1939:

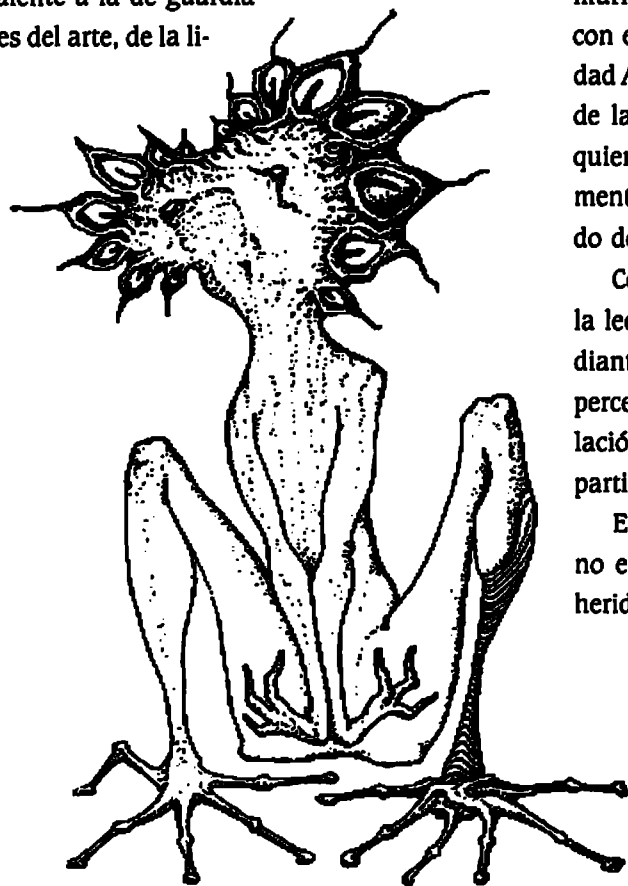


El tiempo gira. 1973.

Hay un solo camino. El que hubo siempre. Que el creador de verdad tenga la fuerza de vivir solitario y mire dentro suyo. Que comprenda que no tenemos huellas para seguir, que el camino habrá que hacérselo cada uno, tenaz y alegremente, cortando la sombra del monte y los arbustos enanos.

Asumo lo anterior, pensando que el calificativo de creador no se limita a quien redacta una historia, sino, además, abarca al lector de esa historia. En tal contexto imagino la necesidad de porfiar en el viejo vicio de la lectura, en este deslizarse la imaginación por las páginas de los libros.

Un poeta, Pedro Salvador Ale, me hablaba hace algunos años de una condición que habíamos asumido, equivalente a la de guardianes del arte, de la li-



Cena del rey (detalle), 1975.

teratura en específico. No me atrevo a tanto, no sé si alcanzo a ponerme tal coraza, ser un protector del legado de la humanidad, pero creo que una misión de ese tipo es condición fundamental de cualquier comunidad universitaria, donde lo característico es que se forman lectores profesionales. Esto es, gente para quien los libros entrañan la mayor importancia no sólo dentro de su formación académica, sino a lo largo de su existencia.

Supondría que entre los estudiantes universitarios hay centenares de bibliotecas personales en formación o ya conformadas. Bibliotecas que nacen y vivirán con quienes las construyan para, con el tiempo, integrarse a instituciones públicas que las resguarden. Recuerdo dos casos: luego de la violenta muerte de Mario Colín Sánchez —controvertido personaje del mundillo cultural e institucional del Estado de México—, su biblioteca pasó a manos de la UNAM, a pesar de que fue él uno de los impulsores de la idea de lo mexiquense a través del fomento al respectivo gentilicio.

Hace pocos años, un argentino que acumuló más vida en México que en su país natal, Luis Mario Schneider, murió también, y legó su peculiar casa malinalquense —y con ella su bella y nutridísima biblioteca— a la Universidad Autónoma del Estado de México. Tal vez fue un efecto de la ley de los equilibrios. Lo que quiero decir es que quienes crean su biblioteca, cumplen un objetivo enteramente personal, individual. Sólo ellos saben el significado de cada libro, nadie más.

Con María Luisa Puga, reflexionemos acerca de lo que la lectura entraña: recuperar el lenguaje individual, mediante su uso y comprensión, “lenguaje para utilizar la percepción intuitiva; para discutir y combatir la manipulación; para expresar el desacuerdo o para intentar la participación que pluralizara al lenguaje dominante”.

Esto dice la escritora mexicana María Luisa Puga, y no es poca cosa. Leer es como respirar, así sea por la herida. LC